

RUPTURAS Y CONTINUIDADES ENTRE COPACABANA Y URKUPIÑA. APROXIMACIONES A LOS SENTIDOS DE DOS FESTIVIDADES BOLIVIANAS EN LA PLATA

Ana Passarelli y José Gimenez
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

Resumen

El presente artículo analiza las rupturas y continuidades existentes en torno a los sentidos otorgados por diferentes actores sociales que participan en las dos celebraciones religiosas más importantes para la comunidad boliviana en la ciudad de La Plata: las fiestas de la Virgen de Copacabana y la Virgen de Urkupiña. Tomamos como puntos de análisis la utilización del espacio público y el desarrollo de las fiestas por un lado, y la relación que se establece entre las comisiones organizativas entre sí y con el cura de la iglesia “Virgen de Copacabana” por otro.

Palabras clave: celebraciones religiosas, festividades bolivianas, espacio público.

El presente artículo buscará indagar las rupturas y continuidades existentes en las dos celebraciones religiosas más importantes para la comunidad boliviana en la ciudad de La Plata: las fiestas de la Virgen de Copacabana y la Virgen de Urkupiña.

La fiesta de la Virgen de Copacabana comenzó a celebrarse en La Plata a fines de los setenta, en una zona cercana a la que se realiza actualmente, en el barrio de Tolosa. Una mujer boliviana apodada “Lucha” trajo de su país una imagen de esta advocación con la que construyó un santuario en el garaje de su casa. Este espacio comenzó a ser visitado por numerosos devotos, en su mayoría migrantes bolivianos asentados en el barrio. Desde entonces comenzó a celebrarse en forma regular la fiesta patronal cada 5 de agosto.

En aquel momento no existía una comisión específica para la organización de la fiesta, de modo que “Lucha”, ayudada por sus vecinos, se encargaba de dicha tarea. Si bien la celebración no tenía las dimensiones actuales, la concurrencia ya era masiva.

La comisión organizadora de la fiesta surgió aproximadamente en 1985, debido a la necesidad de garantizar un espacio más propicio para la veneración de la Virgen. En ese año compraron el terreno en el que actualmente se emplaza la capilla, que fue inaugurada en 1990.

En tanto, la fiesta de la Virgen de Urkupiña, una de las advocaciones religiosas más importantes y antiguas de Bolivia, transcurre en La Plata los últimos dos fines de semana de agosto, en continuidad con la celebración de Copacabana.

Esta celebración surge como consecuencia de la ruptura de la comisión organizadora de la fiesta de la Virgen de Copacabana, aunque como se verá, tiene características similares a la de la fiesta de la que busca diferenciarse.

Ambas celebraciones se desarrollan en el barrio de Tolosa de la ciudad de La Plata, en la plaza denominada "Virgen de Copacabana", frente a la capilla homónima. Su desarrollo tiene las mismas características en ambos casos: en un primer momento se realiza una misa en la capilla, se continúa con una procesión encabezada por el cura párroco y los integrantes de la comisión organizadora, de la que también participan los devotos y las fraternidades de baile. Todo ello confluye nuevamente en la plaza, donde las distintas fraternidades de baile desfilan exhibiendo las danzas de la cultura boliviana, mientras que los puestos de venta ubicados en el centro del paseo público ofrecen todo tipo de productos típicos.

La pregunta que guía este artículo es, entonces, ¿cómo pueden explicarse estas diferencias en dos prácticas religiosas que guardan tantas similitudes entre sí en cuanto a sus objetivos, la disposición del espacio y su postura frente a lo religioso?

Las continuidades entre Copacabana y Urkupiña

En un trabajo anterior (1), se pudo determinar cómo estas festividades se constituyen en ejes principales de la sociabilidad barrial, ya que su organización y posterior puesta en práctica estructuran y condicionan el espacio en el que se desarrolla, reconfigurando sus usos y sentidos.

En esa línea, no se evidencian diferencias entre ambas prácticas religiosas, que guardan una continuidad espacio-temporal, puesto que transcurren en el mismo sitio en fechas consecutivas, lo que imposibilita una distinción clara para los visitantes externos.

Pero no solo eso une a ambas prácticas: la construcción y el uso del espacio público, el afianzamiento de la identidad boliviana y las tensiones generadas en torno al carácter religioso-popular de las celebraciones son elementos que aparecen repetidos en ambos casos.

En efecto, del análisis de ambas festividades se desprende que el espacio donde se desarrolla la fiesta no puede ser pensado como algo externo a la práctica en sí, un mero escenario donde transcurren las acciones. La plaza, el barrio y la capilla, que se constituyen como el centro de la celebración, fueron conformándose a lo largo de los años gracias a la acción sostenida llevada adelante por los vecinos y los organizadores de la fiesta. Se puede afirmar que fue la acción de estos la que dio lugar a las actuales configuraciones espaciales. En efecto, la centralidad que actualmente adquieren la plaza y la capilla Virgen de Copacabana como condensadoras de la mayoría de las prácticas que se desarrollan en torno a las fiestas patronales es una construcción histórica: este espacio fue moldeado por la práctica y es a partir de profundizar en su historia que se pueden llegar a reconocer los actuales tránsitos y modos de apropiación que se ponen en juego durante la celebración.

A su vez, el desarrollo de estos eventos religiosos ayudó a tramar la construcción de cierta “bolivianidad” ligada al barrio, que se refuerza con la apertura en la zona de diferentes locales gastronómicos y la constitución de grupos culturales que conformaron espacios de práctica en el barrio. En efecto, uno de los objetivos centrales de ambas celebraciones es afianzar esa identidad común y transmitirla a las nuevas generaciones, en su mayoría integradas por personas que son primera o segunda generación argentina, cuyas raíces serían mucho más lejanas de no contar con esos espacios de sociabilidad.

También se pudo comprobar que la realización de la fiesta es un aspecto ineludible de la configuración del barrio entendido no solo en su morfología arquitectónico-urbanística, sino a su vez como dispositivo político, social y cultural. Además de estructurar algunos de sus conflictos, fue la celebración la que generó las condiciones de posibilidad que habilitaron la presencia de instituciones que no tenían emplazamientos en la zona, como es el caso de la iglesia católica.

Es en el plano político donde aparecen quizás las diferencias más fuertes entre ambas festividades y de donde surge la fuente principal de los desacuerdos. Las articulaciones políticas de algunos de los integrantes de las dos comisiones organizadoras han generado ciertos distanciamientos y rupturas, según el testimonio de los propios protagonistas.

En las indagaciones realizadas durante la organización del evento se pudo determinar que los integrantes de las comisiones se valen de sus vínculos políticos para ocupar esos lugares, así como también capitalizan políticamente su protagonismo en la “colectividad”, que a su vez les reconoce ese rol al tomarlos como sus referentes para lidiar con circunstancias que exceden las de la fiesta propiamente dicha.

El “cisma” entre ambas comisiones se produjo hace algunos años, cuando la actual conducción de la fiesta de la Virgen de Copacabana tomó el control de la organización, según sus dichos, a raíz de ciertos manejos autoritarios y poco transparentes. En diálogo con ellos, los integrantes de la actual comisión señalaron que “la comisión se elige, el tema es que la gente que estaba antes se elegía sola. Entonces nosotros dijimos ‘no se puede caer’ y nos impusimos con el voto de toda la gente, de toda la comunidad, les preguntamos y todos nos apoyaron y pudimos sacar a esta gente que no se quería ir”.

Tras esto, los integrantes desplazados resolvieron hacer su propia fiesta, y para ello tomaron otra celebración muy popular en Bolivia, como es la advocación a la Virgen de Urkupiña, cuya fiesta ocurre pocas semanas después de Copacabana.

El cura párroco a cargo de la capilla, por su parte, sospecha de otros motivos detrás de la ruptura: “al principio era una sola fiesta, pero se pelearon. Cuando hay mucha plata en el medio vienen las peleas y las discusiones, entonces la otra comisión hizo su fiesta aparte y trajo otra advocación de la Virgen de Urkupiña, como si aquí habláramos de la Virgen de Itatí. Entre ellos no se quieren, hay desprecio, hay bronca porque hay pelea”.

“Hubo una pelea central que gestó esta división. Y fruto de esta división se formaron estos dos bandos. Por eso hay que tener cuidado, si esto se hubiera prevenido con tiempo no hubiese pasado. Hay que tener

cuidado con estas cosas porque no se justifica”, advirtió. Pese a sus reparos, el sacerdote permite la convivencia de ambas festividades, por los motivos que se expondrán más adelante.

Finalmente, una de las continuidades más fuertes que se encuentran entre ambas celebraciones tiene que ver con la existencia de una tensión ligada al carácter religioso-popular de las fiestas, puesto que estas expresan en su seno maneras diferentes de entender y vivenciar lo religioso que a menudo entran en conflicto, lo que indica la necesidad de pensar la religiosidad popular “no por fuera ni contra la Iglesia, sino aconteciendo en un espacio intersticial, de negociación y conflicto” (Ameigeiras, 2001).

Esta mirada supone considerar las prácticas de resistencia cultural que “modifican y transforman” (Carozzi, 2005) los usos tradicionales de la religión, pero que no los subvierten completamente, sino que impulsan una desnaturalización del orden social, generando un espacio para puntos utópicos de resistencia. Y marca la existencia de una capacidad de reelaboración de las lógicas institucionales por parte de los sectores populares a partir de la mirada desde una matriz cultural diferente que traduce en su propio lenguaje ciertos términos y nociones (Seman, 2001). Pero también reconoce la capacidad del relato católico de adecuarse a diferentes contextos y situaciones.

Por ello podemos sostener que ambas fiestas encierran dentro de sí diferentes formas de vivenciar lo religioso que se disputan los sentidos de la práctica, en una puja que moviliza una serie de acciones rituales que, a la vez que representan y enmascaran las tensiones sociales existentes, transforman el espacio donde se desarrolla la acción.

Estas tensiones, protagonizadas por los miembros de las comisiones organizadoras y las autoridades eclesiales, representadas en este caso por el cura párroco a cargo de la capilla, se generan principalmente en torno a la imposición de los sentidos que debe tener la festividad: mientras que la comisión busca mantener sus costumbres enlazando lo religioso con prácticas “paganas” (ingesta de bebidas alcohólicas, juegos de feria, bailes y música), la iglesia pugna por la realización de una celebración puramente religiosa, donde prime la devoción a la Virgen. En varias oportunidades el sacerdote hizo saber esto a la comunidad, sobre todo a través de duras homilías en las que condena el consumo de alcohol durante la celebración.

De todos modos, existe una relación de mutua necesidad entre ambos: por un lado, la iglesia no puede enfrentar abiertamente las prácticas que rechaza por miedo a perder su influencia sobre el barrio. El propio sacerdote reconoce que su participación en la fiesta “es una forma de entrar en comunión con ellos”, y asegura que en la práctica desarrollada, pese a que la mayoría de los participantes deja según su visión en segundo plano la cuestión religiosa, “en el fondo hay una actitud religiosa en todo esto”. “La fiesta podría hacerse sin la Virgen, pero no lo hacen sin la Virgen. La fiesta de ellos es la fiesta de la Virgen”, reconoce. De sus palabras se desprende que una intervención directa sobre la práctica podría provocar un rechazo de la comunidad y un eventual alejamiento de la iglesia.

Por otro lado, las comisiones organizadoras necesitan del reconocimiento de la institución, puesto que consideran que ese respaldo vuelve “legítimamente religiosa” su práctica.

En consecuencia, la iglesia termina reconociendo la importancia de la práctica como un modo de acercamiento a la comunidad en cuestión, al costo de tener que aceptar –no sin luchar porque operen cambios– algunas costumbres que censura. En tanto, las comisiones necesitan que la institución religiosa legitime su festividad, puesto que, contrariamente a lo que creen el sacerdote y sus colaboradores, el carácter religioso es constitutivo de la fiesta.

Las rupturas

A partir de lo expuesto, se desprende que si bien son festividades distintas, la fiesta de la Virgen de Copacabana y la celebración de Urkupiña mantienen una continuidad tanto en su desarrollo como en el espacio en el cual se llevan a cabo.

Lo que las distingue es la comisión que se encuentra encargada de organizarla. Los miembros de la comisión organizadora de la fiesta de la Virgen de Copacabana señalan que los “otros organizadores” tienen un vínculo con algunos dirigentes municipales con lo que no están de acuerdo. Al mismo tiempo, lo que se pone en tensión entre ambas celebraciones es el control de la fiesta y el reconocimiento de los pares –comunidad boliviana y vecinos del barrio–. El hecho de pertenecer a una comisión organizadora y no a la otra es lo que le genera determinado tipo de relación con el resto de los vecinos.

Sin embargo, es interesante remarcar que los miembros de la comisión organizadora de la fiesta de la Virgen de Copacabana no solo asisten a la celebración de Urkupiña, sino que están entre las personas que encabezan la procesión junto con el sacerdote de la capilla “Virgen de Copacabana”. Es decir que más allá de las diferencias que marcan con la “otra comisión” participan de la fiesta y se sitúan en un lugar de visibilidad para el resto de los devotos.

Por otro lado, los que asisten en calidad de espectadores a la fiesta, tanto de Urkupiña como de la Virgen de Copacabana, no establecen la distinción entre ambas. Esto implica que no conocen la interna que existe entre las dos comisiones y no las señalan como dos festividades diferentes.

Con lo dicho surge la pregunta sobre los sentidos que le otorgan a la fiesta, principalmente quienes la organizan. En este sentido se puede establecer una distinción entre los sentidos que son otorgados por los miembros de las comisiones y las personas que van como espectadores. Estos últimos no establecen una distinción entre ambas fiestas y señalan que participan de ellas como una forma de conocer la cultura boliviana.

En tanto, si bien para ambas comisiones el sentido religioso otorgado a las celebraciones es muy importante, su ejecución por separado está íntimamente relacionada con la sociabilidad barrial. Son acontecimientos que se preparan con mucho tiempo y que tienen una fuerte influencia en el barrio en el cual se desarrollan, tanto internamente –por el prestigio que la pertenencia a la comisión genera entre sus

vecinos— como externamente —por los vínculos que pueden establecer con diferentes actores políticos al ser reconocidos como “referentes” del barrio—.

Notas

(1) “Bajo un manto sagrado. Poder, espacio público y organización comunitaria en torno a la fiesta de la Virgen de Copacabana en la ciudad de La Plata”, un artículo próximo a editarse realizado por los autores.

Bibliografía

Ameigeiras, Aldo (2001), “Con el Cristo a cuestas. Identidad y religión en migrantes santiagueños en el Gran Buenos Aires”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos* N.º 47, pp. 81- 197.

Carozzi, María Julia (2005), “Revisitando La Difunta Correa: Nuevas perspectivas en el estudio de las canonizaciones populares en el Cono Sur de América Latina”, *Revista de Investigaciones Folklóricas* N.º 20, pp. 13-21.

Seman, Pablo (2001), “Cosmológica, holista y relacional: Una corriente de la religiosidad popular contemporánea”, *Ciencias Sociales y Religión* N.º 3, pp. 45-74.